

TIERRA DE HOMBRES PARA HOMBRES SIN TIERRA

Producción y Dirección: **Jorge Alberto Vega**

Duración: 38 minutos

Año: 2006

El problema del narcotráfico en Colombia ha sido tratado desde muy diversos puntos de vista en todo los medios de comunicación. En gran parte de los casos se suele abordar el tema desde una perspectiva política o económica, y fácilmente se discriminan figuras a las que se asigna cierto tipo de responsabilidad (o culpa, dada la satanización del tema) por su participación en el extenso y complejo proceso que implica la producción y distribución de drogas, específicamente de la coca. El ser el país que más cultivos de coca tiene en el mundo (más del 50%) nos hace llevar a los Colombianos uno de los peores estigmas de este problema, el de ser aquellos que elaboran el producto, para que luego aquellos que lo consumen y mantienen vivo el fuego puedan señalar a un responsable.

Aquellas personas que, resultan ser los responsables físicos de la elaboración de esta droga, parecen tener muy pocas cosas en común con las asociaciones que en general hacemos al pensar sobre el problema del narcotráfico (violencia, dinero, ostentación, corrupción). Esto es algo que nos deja ver Jorge Alberto Vega en su primer trabajo documental, *Tierra de hombres para hombres sin tierra*, cuando nos enfrenta a una visión del problema desde el lado de los campesinos, que cultivan la coca como forma de subsistencia al igual que podrían cultivar muchas otras cosas si la situación así lo permitiera.

El documental toma el testimonio de dos campesinos del departamento del Vichada, en los llanos orientales de Colombia, que se dedican al cultivo de coca para conseguir el sustento de su familia. Mediante estos dos testimonios, el documentalista organiza una película en la que el montaje de sonido y el de imagen son dos procesos totalmente independientes uno del otro. El sonido va y viene entre los testimonios de los dos hombres, organizando un discurso que busca hacer entender al espectador la situación que viven estos y sus familias.

En pocas ocasiones se encuentra la cámara con alguno de estos hombres hablando en un atardecer de los llanos, o en otro lugar, pues en la mayor parte de la película se organizan sus palabras sobre planos que en ocasiones complementan y contextualizan el discurso, y en otras se desvían un poco de éste dejando al espectador en libertad de acceder a dos tipos de información al mismo tiempo, una que entra por medio del lenguaje hablado, y otra que nos transmite el lenguaje de las imágenes.

La creatividad y vitalidad aportada por el trabajo de cámara sirve como contrapeso a la profundidad de las problemáticas bajo las que viven estos hombres y sus comunidades. A unos minuciosos planos descriptivos que nos acercan a las diferentes etapas de la elaboración de la coca se suman otros que sirven para mostrarnos fragmentos de la vida de estas personas. Otros más contraponen la belleza del entorno a implicaciones del deterioro y la destrucción gradual de este.

Tal vez uno de los únicos puntos en que la imagen y el sonido confluyen es una de las secuencias que pueden resultar más impactantes e increíbles en la película. Vemos

cómo uno de estos hombres ingresa a una tienda y realiza sus compras utilizando gramos de cocaína, que la vendedora recibe con satisfacción no sin antes sacar una pesa electrónica para decir al hombre “su precio en gramos”. Acá, y a lo largo del documental, se evidencia que tanto el oficio de estos campesinos como el documental mismo se llevan a cabo desde un lugar inexistente ó clandestino. Esto mismo nos dice un plano general de una de las fincas en el que la casa se pierde rodeada por grandes extensiones de tierra en la que parece reinar un silencio amenazante.

El sonido, en este caso por un problema de registro, parece evocar en ocasiones la paranoia e intranquilidad que produce la conciencia de ser censurado y perseguido. Los personajes golpean ligeramente, sin saberlo, el micrófono que se encuentra adherido a su ropa, generando siniestros golpes de sonido que parecen turbar la aparente calma que revelan las imágenes.

Entendemos, al ver y escuchar a estos hombres, que no se diferencian en nada de aquellos campesinos que en muchas otras zonas del país sufren condiciones similares sembrando diferentes productos, legales o no. Entendemos que muchos de estos hombres están ahí porque no tienen más opciones, y que la codicia no es un argumento inteligente para explicar la situación, pues son el extremo que produce, más no el que en realidad recibe las millonarias ganancias del negocio. Estos hombres trabajan tan duro o más que cualquier otro cultivador, siempre sabiéndose en la mitad de un fuego cruzado en el que llegan balas por todos los lados, y de arriba, el famoso glifosato cuyo fin es acabar con su fuente de supervivencia. Un químico utilizado para fumigar que no discrimina entre los cultivos de coca y los cultivos de los campesinos que han tratado de vincularse al plan del gobierno “plante”, sembrando todo tipo de productos cuya distribución no tienen asegurada y que, en muchas ocasiones, también terminan arruinados por el glifosato.

Finalmente, entendemos cómo en estas zonas, la violencia y la pobreza son flagelos que vienen de la mano con las fuerzas que luchan por el control (ley, guerrilla, paramilitares, etc.), problemas cuya solución final no es distinta de la muerte para estos hombres: el abandono de las tierras que por años han cultivado y que constituyen su única fuente de alimento y el único lugar al que realmente pueden llamar hogar.

Jorge Alberto Vega, entonces, realiza un documental en el que se evidencia su cercanía a los personajes, su profundo entendimiento de la situación y su intención de darle la palabra a personas que sufren el conflicto tratando de sobrevivir mientras diferentes posiciones políticas los usan como chivos expiatorios, el elemento que puede ser sacrificado tanto para producir la droga como para evitar que se produzca. Adentrándose en la cotidianidad de estas personas nos muestra una de las caras más olvidadas y más difíciles de este conflicto que se vive hace ya largo tiempo en esta zona y muchas otras del país, lugares a los que se ajusta bastante bien el lema de: “Tierra de hombres para hombres sin tierra”.

Carlos Andrés Lara Ruiz
Teoría e historia de medios audiovisuales IV
Escuela de Cine y Televisión
Universidad Nacional de Colombia
Octubre 4 de 2007